

MARTA ABREU

INFANCIA Y JUVENTUD

Por Rafael Marquina.

Inf. enero, 18/948.

NACIMIENTO

FUE, sin duda, día de gracia y de regodeo en la sociedad de Santa Clara, el 24 de Abril de 1843. En la Parroquia se agruparon, entre un chasquido de sedas y bisbiseos, las señoronas y las doncellas ataviadas en lujo de últimos figurines llegados de Europa; y los hombres, estirados en el empaque de la etiqueta, comentaban las incidencias recientes, mientras, alzando en el barrio el vuelo de las curiosidades, asomadas a la ventana o en acecho tras de la reja, por caminos distintos hacia una vida igual, se acercaban al templo Don Pedro Nolasco de Jesús González Abreu y Jiménez, Teniente de la Primera Compañía de Caballería Urbana, y la señorita Rosalía Justiniana Arencibia y Plana, hija de don José Francisco Arencibia, regidor alcalde ordinario de primera elección y alguacil mayor que fué de Villaclara, y de doña María Beatriz Plana.

Celebróse la boda en la Parroquial Mayor y debió ser sonada. En un júbilo de augurios felices anduvieron los buenos deseos largo trecho de la vida futura. Y en el candor de las sonrisas nuevas acentuaba su confianza el amor enternecido.

No se frustraron los votos fervientes ni puso el destino torvo ceño circunflejo en la faz de la vida. El matrimonio, de especiales dotes de laboriosidad y honradez acrisolada, anduvo buena ruta, Prolífico y honesto, medró en bienes y fortuna. Hubo largueza de ganancias materiales y de espirituales goces con el caudal creciente acumulado en los negocios y las tres hijas en que se bendijeron sus amores: Rosa, María y Rosalía.

Contaba Rosa Beatriz, la primogénita, apenas año y medio de edad—había nacido en Santa Clara el 7 de Junio de 1844— cuando el 13 de Noviembre de 1845, que acertó a ser jueves, corazón de la semana, nació la niña que fué después bautizada en la Parroquial Mayor con el nombre de Marta de los Angeles, por el Cura Coadjutor, presbítero Bartolomé Fernández, bajo el padrinazgo de doña María de los Angeles Plana y el Caballero don Mariano de Mora.

La tercera hija de doña Rosalía y de Don Pedro advino al mundo cuando ya las dos primeras eran en la galanía de su juventud dos mozas pimpantes y crecidas, el 15 de Enero de 1862. Marta había

cumplido ya los 16 años. Apuntemos el dato, porque en la vida de las tres hermanas—Rosa, Marta y Rosalía: una jaculatoria que aroma el labio patriota— esta circunstancia rodeó a Rosalía, en el episodio de sus desgracias íntimas, de un amor de maternidad que Marta ejerció con vehemencia.

SANTA CLARA

La villa de Santa Clara o Villaclara, que fué la luz primera que vieron los ojos de Marta, no era por aquellos tiempos una clara promesa de lo que ha sido después. Arboleya, en su "Manual de la Isla de Cuba" (año de 1852) no le dedicó párrafos especiales en su capítulo dedicado a dar una "Idea de las ciudades principales de esta Isla". Y en la lista alfabética de las poblaciones, la menciona así: "Villaclara o Santa Clara, villa capital de la Tenencia de Gobierno de su nombre, cabeza de partido; 6.000 habitantes". (Asigna a Matanzas 18.000 y a Trinidad 14.000). En otro lugar apunta el dato de que "tres veces por semana" se publicaba "El Eco de Villaclara". Para el año 1851 fija en nueve el número de sus regidores. El presupuesto, para el mismo año era: ingresos: 10.221 y gastos 11.054; de modo que, a creer —y no hay por qué no creerle— al pacientísimo Arboleya, el Ayuntamiento de Santa Clara, cuando Marta, que había de ser su gran benefactora, contaba seis años, tenía un déficit de 233. No era, pues, en términos generales, una villa mal administrada; dicho sea en loor de sus regidores y para espejo de concejales. Partían de Villaclara, siempre según el acucioso manualista, por aquel entonces varios correos de travesía: a Cienfuegos, a Sancti Spiritus, a Remedios, etc.

Bastan, sin duda, estos datos, entre otros muchos que podrían espigarse en epitome, compendios y manuales o en especiales monografías—sin olvidar que por R. O. de 12 de Mayo de 1867 se le otorgó a Villaclara el título de ciudad— para dar idea de cuál era la villa en cuyas calles empezó a andar por las rutas de la vida su hija gentil, la Marta de Villaclara; en fin, como era, en aquellos años, la villa que es hoy Ciudad de Marta.

Pero en la almendra de aquella fáfara, leve dureza inmacula de espíritu emprendedor y de brío cívico estimulaba aquellas potencias



por donde, en ejercicio vivaz, habían de recaer en la villa, a poco ciudad, como se ha dicho, las bienandanzas de un progreso constantemente estimulado por el esfuerzo de sus hijos y vecinos. Ya veremos más adelante cómo la historia de este constante proceso evolutivo tiene un capítulo especial y brillante que resplandece bajo la gracia de un nombre bíblico, musical y armonioso: el de Marta.

CLIMA HISTORICO

¿Cómo creció, cómo fué madurando el espíritu de la niña en la villa que no podía ser considerada como una "de las principales poblaciones de la Isla? Las piedras de Santa Clara son cantera de almas. Y en ellas se forjó —conviene no olvidarlo— el gran temperamento de Marta Abreu.

La Isla —¡ay, qué ¡ay! que no la llamaban Cuba!— la Isla vivía muriendo cuando nació Marta. Era en Cuba la opresión sangrienta. Era el vilipendio y el vejamen. Censura, coacción, pesquisa inno- ble, innoble atropello. Y por toda la Isla, cuya curva gentil parecía entonces el estremecimiento del espinazo, la gran emoción dramática del 44. Todavía en las concier- tas y en las almas el horror de la muerte de "Plácido". Y poco después —Marta tenía siete años

(1852) en La Habana moría en garrote vil, por hombre de ideas y de letras, de pensamiento creador y oficio impresor— pánico de los regímenes despóticos— Eduardo Facciolo y Alba.

Son suficientes quizá al carácter y condiciones de esta nota biográfica estas dos únicas alusiones para "respirar" el ambiente que envolvió la niñez de Marta. En cada uno de ellos asoman su jeta odiosa sendos problemas trágicos que envenenaban el alma de la época y la torturaban con dramatismo cruento. La esclavitud y la ignorancia. Las dos lacras a cuya extensión espesa y densa se confiaba el amodorramiento de la Isla. Son los dos pivotes sobre los cuales suspender la hamaca de la indolencia sin perjuicio de encender debajo el fuego. Los grandes tremendos sucesos, tragedia popular que había de acabar en epopeya, llegaban a los tranquilos vecinos villaclareños en alas de un viento negro. La claridad del cielo, refleja en las almas, se enturbia- ba. Era en el comadreo y en el sarao, en la paz recoleta de las casas, en la pacata ufanía idillica de las retretas, un malestar íntimo, una zozobra que, rota en medias palabras, atormentada en ahogados suspiros, poblaba el aire de augurios y maleficios. Largos

años de ese estado de irritación interior, cercada en lo externo de la conformidad de los pusilánimes o de los equivocados, de los españolizantes y de los egoístas, fermentaba en las almas de los inconformes un poso de dolorosa inconformidad...

Iba creciendo la niña en ese clima. En su pueril amanecer mental, lo que veía, oyese o no —y algo debía oír de lo que no quisieran que oyese— se abrió paso hacia la mente, descendió al corazón. No hay seguridad de noticias relativas a la infancia de Marta. Pero quizá no sea demasiado expuesto a error imaginar sus reacciones primeras al choque o en abrazo de las circunstancias que la rodearon.

LA NIÑA

"Ignoro cuáles fueron sus maestros". Así dice Berta Arocena de Martínez Márquez, refiriéndose a la gran benefactora villaclareña, en su "reportaje nervioso" a ella dedicado. Podemos decir lo mismo. No hemos hallado camino para llegar a sus maestros. Berta Arocena añade: "Creo que su cultura no sobrepasó de los límites de la que, por lo general, usufructuaban las mujeres ricas de su país, en su época". Esta afirmación, que nos parece certera, es el senderuelo por donde podemos aventurar nuestra indagación.

Nacida en cuna de encajes en alcoba opulenta, no debió faltarle, desde la edad adecuada, la solici- tud de sus padres cuidadosos de procurararle lo que entonces se entendiera por "e s m e r a d a educación". Y si llegó a poseer con los años esa cultura a que alude Berta Arocena, podemos, desde luego, entender que no fué alumna de las escuelas públicas y acaso ni de las privadas. ¿Cuántas de unas y otras existían por entonces en Santa Clara? Una investigación que, por ingrata no tiene la avidez intelectual, nos llevaría a conclusión tristísima.

Cabe la suposición de que en las casas de buenos y abundosos recursos como aquella en que nacieron Rosa, Marta y Rosalía, habría de recurrirse a la enseñanza particular, a domicilio, adicionando, por lo menos a la que pudieran las niñas recibir en alguna escuela la que algunos profesores les impartían mediante sendas retribuciones generosas. Mal sistema quizá, pero quizá único posible sistema. En el caso de las Abreu aminorado en sus desventajas por la frecuen- tación de la calle, de los campos, a virtud de la posesión de haciendas y de relaciones numerosas.



7

3

Y la calle y el campo estaban saturados de un ambiente de inquietud y de pugnacidad. Se alzaba en medio de una polémica a la vez temerosa y audaz el gran problema en que se condensaban, por el momento, todos los problemas. El Dr. Manuel Bisbé lo ha resumido en frase exacta: "El problema negro fué, en efecto, un problema candente en el período de 1837 a 1848". Y añade aún: "El período de 1848 a 1853 se caracteriza principalmente por las conspiraciones para lograr la anexión de Cuba a los Estados Unidos". Era, en el fondo, la misma cosa. Los dueños de esclavos temían. Buscaban una manera de perder el temor sin perder nada. Y bastará recordar que fué Saco, quien dijo que la tacha de negrófilo era en Cuba peor que la de separatista, y el hombre que —son también palabras de Bisbé— "librara la más hermosa contienda de este período al salirle al paso a los propósitos anexionistas, defendiendo y reafirmando la nacionalidad cubana", para entender cómo los dos problemas fundidos en una misma realidad social e histórica, eran un solo enorme, vasto, complejo y dramático problema. Su gravitación oprimía o moldeaba la conciencia de la época. Todas las reacciones humanas giraban en torno a este eje rechinante y crujiente.

Salía a la calle, salía al campo la niña rica, y le daba en el rostro un aire de inquietud. Veía al negro y le miraba la blancura de la sonrisa estrangulada. Le leía en los ojos un dolor muy hondo. Y en la rutina diaria, en el cuadro de las realidades cotidianas, no le hurtaron a sus pupilas el horror de los castigos corporales, la evidencia de las desigualdades enormes. Aprendió el tremendo sentido de la palabra "esclavitud" y no pudo aprender —aunque hizo quizá esfuerzos por saberlo— cuál era la razón válida de que hubiese de morir náufraga en las lágrimas de los ojos tristes la blancura de la sonrisa negra.

Fué quizá el fermento primario, el germen primero de su caridad. Sus biógrafos lo han contado. "No es el color, sino el alma lo que distingue a los seres", exclamaba a menudo. ¿Cuándo cuajó por primera vez en su conciencia y cobró

luz en su mente esta generosa verdad? Su infancia, como hemos intentado precisar, creció en la realidad de la más agria irritación del problema negro. La vida le ofrecía constantes razones —nada menos que en la suprema razón de los hechos vivos— para que su alma y su sensibilidad reaccionaran súbita y ardientemente. Desde todas las esquinas de Santa Clara, desde todas las esquinas de la Isla, desde todas las esquinas de la vida, la asaeteaban los estímulos. Su naturaleza se sentía combatida por los contrastes y las oposiciones... Tomó partido.

Tomó partido, ayudada también, sin duda —sería injusto olvidarlo—, no sólo por lo que en rebelión le surgía en el alma, en la calle y en el campo, sino, también, en obediencia a lo que, de retorno, aprendía en la lección viva del hogar.

EL HOGAR

Doña Rosalía Arencibia de Abreu, madra de Marta, debió ser, según el plural testimonio con que se alude a su vida, una matrona ejemplar. Transpiraba bondades. Su inmensa fortuna, acrecida por Don Pedro Nolasco, su marido, mediante certeros negocios lícitos, era alivio de penalidades ajenas. Ejercía la caridad con suavidades silenciosas, envolviéndola en un humanismo noble. No usaba la limosna como clarín de su sensibilidad. Ayudaba al prójimo porque sentía evangélicamente el amor de este deber, la belleza de este servicio. "A parientes y extraños —dijo "El Triunfo", periódico habanero, a raíz de su muerte—, hizo cuantiosas donaciones, salvándoles de la miseria; y a sus expensas se educaban niños y jóvenes de ambos sexos, tanto en Cuba como en países extranjeros."

La enseñanza hogareña que estas virtudes en ejercicio sincero procuraban a Marta es indudable que hubo de influir notablemente en la formación de su carácter y en el concepto de la vida que había de ser la cardinal orientación de su existencia. Es de presumir que, a pesar de la realidad ambiente a que hemos aludido, la caridad de Doña Rosalía Arencibia, de tan noble condición purísima, debía ejercitarse sin obediencia a distinciones discriminatorias. El prójimo, según el sentido evangélico, no tiene color. Aprendió así Marta Abreu un primer principio social que no abandonó nunca.

7

Con todo ello, vemos cuajarse la formación de su carácter. Todo esto a que nos hemos referido, la va ayudando en su niñez a forjar en su mente y a servir en sus sentimientos un concepto noble y una categoría esencial de la criatura humana. No es erróneo afirmar que radica en ese concepto su sentido filantrópico y que brota de él el caudaloso manantial de su generosidad.

Pero Marta Abreu no fué únicamente —y habría sido bastante para su elogio y veneración— una benefactora magnánima e ilímite; fué algo más, mucho más. Y lo fué desde su juventud primera, aunque estuviesen en latencia todas las virtudes y condiciones de que ahora vemos revestida su personalidad. Marta Abreu no ha sido solamente un ejemplo de caridad generosa. Su madre, Doña Rosalía, fué una mujer creadora, una fundadora ilustre. Si aprendió desde la niñez en el ejemplo y espejo de su madre el ejercicio de la solidaridad humana, al obrar por su cuenta obedeció a otros impulsos además de aquellos que brotaban naturalmente de su corazón y de las vivas lecciones en su hogar recibidas.

No cuesta mucha imaginar de qué manera ejercía sus prodigalidades benéficas en su casa, calladamente, la señora Arencibia de Abreu. Hacia recoleta su generosidad como hurtándola, tanto al elogio que hería su virtud, al comentario que podía poner en peligro, en aquel revuelto mar de ideologías en pugna, su tranquilidad y la de los suyos. Incluso es lógico suponer que en aquellos momentos de tanta agitación e inquietud, de tan opuestas polémicas, de tan contrapuestos sentimientos, debió hacer muchas caridades por amor a Dios y a la caridad y aun en contra de sus propios afectos y criterios en materia social y política. En más de una ocasión, sin duda, después de favorecer a alguien debía recomendar que no se divulgase, por no comprometerse; quizá expresaba incluso desfavorable opinión sobre el favorecido y sus ideas...

Era así la caridad en el hogar de Marta Abreu como hay en muchas ocasiones, muy pura y santa, pero con cierto aire de clandestinaje que ayudaba a acentuar en el alma de la niña y de la adolescente un agrio concepto de la vida cubana. Empezó así a erguirse ante ella la visión neta de la realidad circundante; es decir, se fué formando una conciencia que había de ser con el tiempo la gloria magnífica de su "cubanía". Naturalmente, supone todo esto un proceso de meditaciones dubitativas, de preguntas y respuestas, de evidencias inexplicables.

4

La persona humana, que había aprendido a amar en la caridad de su madre, iba asumiendo una significación peculiar. El cubano, el negro, el blanco, el rico, el pobre, todos, moviéndose, viviendo en un ambiente de desconfianza en una tierra sojuzgada.

Es preciso insistir en esto, porque la personalidad de Marta Abreu no responde a un temperamento bondadosamente impulsivo, puramente generoso. Hay en su vida una clara muestra de obediencia a convicciones y criterios profundos. Conviene, por tanto, señalar junto a este temprano amor a la persona humana, el nacimiento en el alma de Marta Abreu de algo que fué la fundamental virtud de su patriotismo. Y es innegable que el patriotismo de Marta Abreu es la cifra de todas sus excelsas virtudes.

LA GRAN REVELACION

La niña tenía ante los ojos constantemente la evidencia, tan agria como aleccionadora, de violentos contrastes. Veía en sus propiedades y en las ajenas, maltratar, castigar, menospreciar al negro, adular a las autoridades españolas; amortiguar a la sordina toda irritación; asistía en el hogar a la viva eficacia de la limosna y del consuelo; a la censura contra los altos arbitrios de las autoridades; a la expresión de quejas incontenibles y a la narración de movimientos subversivos.

En el mismo suelto necrológico publicado en el periódico "El Triunfo", a que hemos aludido anteriormente, se decía, a propósito de Doña Rosalía Arencibia de Abreu, lo siguiente: "Algunas veces exclamaba con evidente sinceridad y profunda tristeza: "Algo dejaría para la patria, si en ella hubiera garantías de recibirlo".

Marta Abreu debió oír muchas veces a su madre estas palabras. Son reveladoras y debieron produ-

cir en el ánimo de la muchacha una impresión profunda. Existía, pues, una patria sin garantías. Marta, que sentía, naturalmente, por su madre amor, veneración y respeto, debió acoger y recibir su dolcrida queja como la expresión de una verdad indiscutible. Si la gran bondad caritativa de su madre rehuía la dádiva para la patria, temiendo que no había de llegar a ella ¿qué obstáculos, qué razones, qué hechos se interponían entre la patria y la bondad, entre Cuba y la vida?

Doña Rosalía prefirió ayudar simplemente a la criatura humana, pero enseñó a su hija, con las palabras transcritas, que existía una patria a la cual ayudar si se podía. Una patria a la que no se podía ayudar por falta de garantías. Téngase en cuenta, antes de seguir adelante, la fundamental distinción que existe entre la ca-

ridad de doña Rosalía y la de su hija Marta, porque ella arranca, perfilando la personalidad vigorosa de la gran patricia, de esa actitud de Doña Rosalía que, en definitiva, es la discrepancia genial de Marta.

Por miedo, por poca fe, tan justificados como se quiera, y porque en su alma no iluminaba su experiencia ingrata un rayo de fe, doña Rosalía Arencibia de Abreu hacía la caridad al prójimo, se prodigaba en cuantiosas donaciones individuales, pero no daba nada a la patria, porque en ella no había garantía para recibirlo. Cuando murió pudo loarse muy merecidamente su gran caridad, su generosa filantropía, el abundoso modo con que favoreció a sus semejantes, pero no pudo subrayarse la reciedumbre de su patriotismo ni registrarse el testimonio de una obra perdurable orientada hacia el bien nacional y colectivo.

En cambio, Marta Abreu fué, como ya hemos dicho, una fundadora, una gran constructora de su pueblo, una gran obrera en la constitución de su patria. Y lo fué antes de su magnífica y generosa obra de ayuda a la guerra de independencia. No puede olvidarse; lo fué desde que empezó a ejercer con bienes propios y con propio criterio su gran obra admirable. Cuando oía a su madre en la queja la razón de sus omisiones, empezaba a pensar en esa patria que existía sin garantías, en la necesidad de ayudarla y del modo de hacerlo para que llegara a ella el bien y el provecho. Por eso desvió la línea aprendida; mejor dicho, la bifurcó: ayudaría a la persona humana y a la patria. La patria recibiría el beneficio, porque lo haría en piedra perdurable, en espíritu inmortal... En una palabra no entregaría limosnas, sino que fundaría obras que quedasen, que recibiese la patria para irse ensanchando en ellas.

CARIDAD Y MELANCOLIA

Ha llegado Marta Abreu a la juventud. Aparte todo ese proceso sentimental e intelectual que hemos querido esbozar someramente, poco podemos decir respecto a sus años adolescentes. Escasean los datos. En general, esa escasez se halla en la biografía de Marta Abreu desde su nacer hasta su morir. Si Antonio Maceo pudo decirle a dos escritores: "Voy a contarles mi historia en cicatrices", Marta Abreu podría decir: "Mi vida está en las obras que he dejado. Esos son sus datos, que valen más que una extensa relación de peripecias vitales. Pero el caso es que no hay bastante abundancia segura de testimonios fehacientes con qué reconstruir, en evocación fervorosa, los primeros años de su vida.

Abonan quizá las indagaciones a que nos hemos lanzado anteriormente las noticias que de Marta Abreu y de su vida antes de contraer matrimonio han llegado hasta nosotros. Dice el doctor Pérez Cabrera, que desde los años tempranos se dedicó a leer autores cubanos extranieros, "afición que templó su ánimo y dispuso su voluntad para el cumplimiento de las grandes empresas, a las que luego había de consagrar los mejores años de su vida y su cuantiosa fortuna". Por otra parte, al referirse a su carácter, añade: "Adolescente aún, un aire de melancolía velaba ya las suaves líneas de su rostro y afanábase por satisfacer con sus pequeñas economías y hasta con sus propias prendas de uso personal a cuantos menesterosos acudían a su puerta en busca de un pedazo de pan o de unas monedas".

El doctor Garófalo Mesa afirma que "fué una niña y una mujer dulce, pero tenía carácter y valor".

Caridad y melancolía. Confesemos que no ligaron nunca bien estas dos cualidades. La caridad trae júbilo al alma, satisface al espíritu, contenta el ánimo. Caridad y melancolía no hacen buena coyunda. El alma sana es alegre. Y digámoslo rotundamente: alegre, vivaz, contenta, fué el alma de Marta Abreu. Fué un espíritu sano y, por ende, poco amiga de melancolías y quejumbres. No queremos con ello desmentir, ni mucho menos, a sus biógrafos. Por el contrario: nos servimos de sus afirmaciones para avanzar en la indagación.

La joven Marta era, fué, durante algunos años, caritativa y melancólica. Deduzcamos de ello que la sola caridad no era bastante a contentar su anhelo; algo había en su alma no satisfecho aún en orden a esa virtud de caridad que debía darle alegría. Y era, sin duda, aquel insatisfecho, aquel vago, pero apremiante problema que perturbaba su conciencia. Aquella cosa tremenda y dramática que había aprendido en las palabras de su madre: una patria que no podía recibir el bien que se le hiciera. ¿No explica eso bastante y con hondura patética la melancolía de una joven que fué después una mujer que tuvo carácter y valor?

El drama íntimo creemos que queda así perfectamente planteado. De él nació la grandeza de Marta.

RIQUEZA Y SOLTERIA

Sería quizá engañoso suponer que en esa melancolía de Marta, joven, no influyeron otras causas, otros hechos, otros sentimientos. No sin cierto temor y asistido de todas las cautelas, puede el biógrafo aventurarse por este camino. Pero hay desde luego en la vida de Marta Abreu una fecha que

1

Sin duda los sentimientos de fervor admirativo con que se describió devota a la adoración de Conyedo y de Hurtado de Mendoza— que han señalado sus biógrafos— habían ya sido como levadura con que enlindaba su pan del futuro, su blanco pan de caridad suprema. Pero allá, en el fondo de su espíritu, en el recoleto afán de su alma generosa, todo estaba en expectación, en suspenso afán expectativo.

Todo, su amor a Cuba también, sintiendo en la llaga viva de sus heridas temblar su devoción. Para el cubano y para Cuba debía haber algún alivio, alguna solución, un más alto goce, una mayor decoro. Presentía Marta la necesidad de una labor en búsqueda y logro de todo esto; pero, hija de familia, señorita rica, cristiana, en la observancia estricta de todos sus deberes, esperaba vagamente, inefablemente, con sonrisa de melancolía, subrayando el dulce amor de los ojos piadosos, que la coyuntura le trajese posibilidad...

EL IDILIO

Apareció entonces en su vida Luis Estévez y Romero. Aparte las naturales inclinaciones físicas, el mutuo placerse, la igual complacencia de sentirse juntos; aparte, en suma, todas aquellas naturales y siempre imperativas condiciones que señalan la existencia de una realidad amorosa, es de creer que la frecuentación de los diálogos íntimos, el recíproco cambio de sentimientos y criterios coincidentes, avivaron aquel amor, Luis Estévez —lo sabe Cuba— fué, y era ya entonces, gran corazón de hombre patriota. Debieron ella y él regocijarse pronto en la coincidencia de sus pareceres y de sus aspiraciones.

Ignoramos la duración y las circunstancias del noviazgo. No consta que la desigualdad de fortuna fuese, en ningún momento, no por parte de los padres de Marta ni por ésta, ocasión de disgustos, oposiciones o dificultades. Luis Estévez aportaba el caudal de sus talentos y de su moral.

Parece ser que la familia Abreu se había domiciliado o, por lo menos, residía en la Habana. Debieron conocerse allí los novios. Quizá la figura de Estévez apareció a los ojos de Marta aureolada, en la capital de la Isla, de un halo de augurios, a virtud de los decires y comentarios de quienes sabían ya de cuánto sería capaz aquella preclara inteligencia y de qué ríco y seguro modo amaba a la patria.

Fué el idilio pacato y burgués, con el uso tranquilo de los hábitos consuetudinarios; sin quebradas alternativas violentas. Y —conviene no silenciar este detalle— fué en Santa Clara la boda que consagró los amores de la Habana. El día 16 de Mayo de 1874, en la parroquia de término de la ciudad de Santa Clara, el presbítero D. José Carbó, cura párroco de la misma, desposó por palabra de presente a Luis Gonzaga Irene Estévez y Marta de los Angeles Abreu. La ciudad

1880067

¿presintió, en la gracia clara de su clara luz de Mayo todo lo que iba a significar para ella aquella entrada de su hija en una vida nueva? El caso es que los contrayentes debieron regresar a la Habana donde eran vecinos de la feligresía de Nuestra Señora de Monserrat, según se hace constar en el acta matrimonial.

VIDA MATRIMONIAL

Ni Marta ni la ciudad que había de ser de Marta lo supieron. Pero aquel día 16 de Mayo en el cielo trazó una rúbrica inquieta, sobre el poblado quieto, la piqueta de un interrogante. Marta cambiaba de vida; Marta dejaba a Santa Clara; allá iba por caminos nuevos a lugares distintos, a otras preocupaciones y deberes. ¿Se desarraigaría de su clima natural, se desgarraría de su tronco? ¿La llevaría la existencia nueva por senderos insospechados? Marta había escogido bien. Luis Estévez era —y ella y él debieron sentirlo en la raíz de su amor, en el tuétano de sus almas— sin que cupiese engaño, precisamente, no sólo la continuidad de clima, sino la realización del sueño. Al lado de Marta, Luis había de ser la posibilidad y la seguridad. Su sentimiento, su consejo, su inteligencia aseguraban, en efecto, la trayectoria de los anhelos de Marta, que ya eran los suyos también.

Mientras tanto, Cuba ardía en guerra. Don Luis Estévez y Romero había tomado partido. Era ya, como había de serlo siempre, patriota acérrimo. Si en la aparental exteriorización de la vida podía contemporizar, aunque sin claudicaciones mentales, a virtud de sus actividades, en el fuero íntimo, como en la intimidad de su hogar, debía manifestarse en su pura calidad de cubano. Y Marta comulgaba con él en el fervor patriótico. La compenetración de aquellos dos grandes temperamentos fué completa e inmediata; total y perdurable.

Sigue la carencia de datos en lo que se refiere a los años primeros de la vida matrimonial de Marta de los Angeles. No es dificultad para el biógrafo esta vez. Todo concurre a autorizar la suposición de un vivir sereno, aburguesado, aunque con el lastre de las inquietudes de la azarosa época, manso, natural y correcto. Fué dichosa en su amor. No otro sentimiento la había llevado al altar. "Para escoger compañero tuvo acierto —dice Berta Arocena— y de más imaginar que el amor la impulsó solamente, cuando se arrodilló ante el altar jurando fidelidad a un hombre íntegro, sin más bienes de fortuna que su honradez, su laboriosidad y su talento". Es exacto; pero nos atrevemos a creer que en ese amor que fué el solo impulso,



PATRIMONIO
DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR
DE LA HABANA

3000068

latía y gravitaba, presente y acaso inexpresado; vago pero imperativo, el sentimiento del logro posible de los afanes recónditos de extraversion filántropa y patriota. Marta Abreu sintió en Luis Estévez la posibilidad magnífica de lograr aquel anhelo suyo de dotar a la patria con garantías de que recibiera el dote.

DAGUERREOTIPOS

Era galán y acaso petimetre en Don Luis de Marta. Buena presencia y afable trato. Luz de espíritu en los ojos. Natural garbo en el ademán desenvuelto. Y ella, Marta, era de arrogante presencia; alta la figura, que fué de esbeltez hasta en la abundancia carnal de los años postreros. No se la podía tener por hermosa; pero era agraciada en la condición trigueña lavada de su cutis. Verdes, grandes, hermosos ojos de un dulce mirar generosos; en los labios finos, una sonrisa amable, vasta, larga... Elegante y muy cuidadosa, iba siempre muy cuidada en el lujo de sus trajes y en el primor de los detalles; gustaba de sentirse a la moda, muy engalanada, sin excesos ni recargos. Un retrato suyo a los 22 años, la muestra con un inefable candor de frente despejada, tendida sobre la espalda la cabellera bruna. En otro a los 35, se le ha fijado el mirar bajo la gracia de un alto peinado partido por gala en dos ondas altas y se la ve, en el atuendo pomposo de la crinolina expansiva y hasta los pies, como un obseso y a la vez sereno encantamiento... No hay en ella alarde ni ostentación, sino señorío de naturaleza...

Buena pareja para animar los comentarios de los salones habaneros. Es de presumir que los frecuentaron, mientras era posible, en los primeros meses de su matrimonio. Pero no era precisamente el mundano regodeo del sarao y la tertulia el clima grato a aquellos dos predestinados. Y como si la vida señalase tempranamente su común destino, pronto vióse obligado el matrimonio a recogerse más en la privanza del hogar feliz. No tardó, en efecto, Marta Abreu de Estévez en sentir los primeros deliciosos y turbadores síntomas de la futura maternidad.

Yuf, en 18/48



PATRIMONIO
DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR
DE LA HABANA